

PRO VELASCO, MARÍA LUISA (2021). *Introducción a la ética de Robert Spaemann*. Granada: Comares, 180 pp.

Quienes hemos llevado a cabo una tesis doctoral centrada en un autor, sabemos cuán peligrosa puede volverse una relación con él, que suele oscilar entre el amor y la crítica. En el libro que nos ocupa, de la joven profesora María Luisa Pro Velasco, docente en la Universidad Católica de Ávila, encontramos ambos elementos. No se trata de una lectura benigna ni hagiográfica, sino con un cierto distanciamiento crítico, que le permite sostener una postura hermenéutica de su obra, contextualizándola debidamente y enmarcándola en una problemática existencial.

La obra, dividida en cuatro capítulos y un epílogo, empieza con una biografía de Robert Spaemann (1927-2018), caracterizado por su amor a la verdad y por su coherencia en el actuar, en escenarios no siempre sencillos. La autora muestra la panorámica de la Alemania del siglo XX y el contexto cultural, religioso y político, especialmente en sus primeros años. Su condición de filósofo católico –aunque él rechazase el adjetivo– no parece que hubiera coartado su búsqueda personal. En tantas ocasiones, los filósofos que profesan la fe católica parecen estar supuestamente limitados por sus creencias. Así lo repiten muchos filósofos seculares, que prefieren estar a la intemperie en su búsqueda (o en su rechazo) de la verdad.

Spaemann decidió encaramarse a los hombros de la tradición, aceptando la fe de sus padres, que eran conversos, asumiéndola y repensándola, dando argumentos para entender lo que creía, y examinando críticamente su razonabilidad. Otros, como MacIntyre, llegaron a la fe a través de la razón, y eso se nota mucho el itinerario en su forma de discurrir. Spaemann fue un alemán católico, en quien pesaban ambos adjetivos, que en ocasiones convivieron con dificultad. Cuando lo germánico resultaba demasiado opresivo, volvía su mirada a la tradición católica, especialmente al aristotelismo cristianizado y a Santo Tomás, para remediar el subjetivismo congénito de la antropología de los últimos siglos.

En el segundo capítulo, la autora explica los fundamentos del pensamiento ético de Robert Spaemann. Se fundamenta en la teología racional, que trata a Dios como una constante desde los orígenes de la historia a partir del *Faktum* fenomenológico. La teología racional se basa en la capacidad de verdad que tiene el ser humano. En esta fenomenología de las religiones, el cristianismo es presentado como Revelación de la verdad plena, la religión que responde con más acierto a las exigencias de verdad y bien del ser humano, y que le dota de una especial dignidad. Junto con la teología, hallamos una teleología natural, según la cual todo lo creado, y particularmente el hombre, posee un fin natural que le conduce hacia su perfección. He aquí la base aristotélica, fundamental en la obra de Spaemann. Como recuerda la

autora, «el hombre se distingue del resto de seres vivos mediante la razón, y por la razón bien fundada en la libertad del obrar según unos motivos determinados» (p. 51). En el ser humano, a diferencia de otros seres que se guían por el instinto, la teleología va ligada a la libertad, y el intelecto debe guiar la libertad en el cumplimiento de su fin último. De ahí que la dignidad de la persona merezca una protección extraordinaria desde la concepción hasta la muerte, aunque no tenga plena conciencia y racionalidad, y aunque esté enferma, deformada o aún no formada. Hay que recalcar que la dignidad humana, para Spaemann, se halla a nivel ontológico. Por esa razón, jamás se pierde, pues es intrínseca a su ser. Otra cosa es la dignidad ética, que puede enaltecer al virtuoso y denigrar al vicioso, como recuerda la tradición aristotélico-tomista.

La antropología de Spaemann, opuesta a la de Locke y a la de muchos autores de la Modernidad, hace equilibrios entre el tomismo y los avances de la ciencia. La noción clave es la de persona humana, como miembro individual de la humanidad, que conforma una unidad substancial y subjetual en su complejidad psicobiológica, y que tiene mayor dignidad ontológica que los demás seres, cuyo alcance es analógico al hombre en la escala de perfecciones. Spaemann, sin embargo, no profesa un antropocentrismo, que descarta y somete a los demás seres al ser humano, sino que busca una armonía entre ellos. En este sentido, Spaemann se decanta por el realismo de la tradición tomista, aunque en franco diálogo con los debates científicos modernos.

En el tercer capítulo, la autora trata propiamente la ética de Spaemann, en contraposición con el relativismo postmoderno. Para el profesor alemán, el fin último de la persona es la felicidad, a través de la vivencia moral. Se dan la mano el realismo tomista y la doctrina agustiniana en la llamada *ethica benevolentiae*, fundamentada en el *ordo amoris*, que se extiende a toda la creación y jerarquizada ontológicamente. Spaemann defiende la *beatitudo eudaimonista*, como vida lograda que solo se puede lograr a través de la razón y de la voluntad, en contra del estoicismo y el epicureísmo. Ese *eudaimonismo* se opone al *consecuencialismo*, y propone una ética de la benevolencia y el cuidado del mundo natural.

Es muy interesante lo que dice Marisa Pro, resumiendo su postura: «la aportación de Spaemann a la filosofía moral en este ámbito, más que una novedad es un compendio que ha recogido la problemática de las anteriores contribuciones e intenta dar solución desde una ética en relación con la metafísica cristiana» (p. 95). En realidad, a nuestro juicio, toda la obra de Spaemann es una síntesis cabal de la ética cristiana, abierta a los problemas de la Modernidad, aunque sin demasiadas novedades. Vale la pena

conocerla por ser la voz autorizada –y bien articulada– de una tradición racional que reclama su espacio en un mundo fragmentado.

Su postura puede verse de forma más explícita en la confrontación de Spaemann con Peter Singer y Daniel Dennett, en el cuarto capítulo, al analizar las implicaciones bioéticas de su obra. Es interesante el debate, porque los tres asumen la necesidad de un «modelo ético» (pp. 108-114), si bien la defensa de la vida a ultranza que hace Spaemann marca sus diferencias, pues los otros autores acaban aceptando el aborto y la eutanasia. Spaemann, a diferencia de los demás, se mueve, ante todo, en un nivel metafísico. Es interesante el énfasis del filósofo alemán en la persona como realidad no manipulable, con una intrínseca dignidad, lo que hace que la vida humana no tenga precio. Este último capítulo perfila mejor la postura de Spaemann y muestra sus implicaciones en algunos de los debates más candentes.

Se trata, en suma, de un libro breve, bien escrito y muy claro. Está adornado con las mejores cualidades expositivas: no da nada por supuesto, y al mismo tiempo avanza de una manera metódica y sin titubeos, y convence por su orden y carácter sintético. Ayuda al lector la presentación que hace la autora de los temas que tratará al comienzo de cada apartado y la recapitulación que hace después de cada capítulo. No hay duda de que se trata de un libro útil, pues es una excelente introducción al pensamiento de Spaemann, que sistematiza sus ideas, tomadas de diversas fuentes.

La profesora Marisa Pro merece, así pues, la enhorabuena por este libro, un trabajo serio y maduro, fruto de su tesis doctoral. Las razones antes apuntadas permiten augurarle una brillante carrera investigadora, del que este estudio es un prometedor punto de partida.

RAFAEL RAMIS BARCELÓ
Universitat de les Illes Balears – IEHM
r.ramis@uib.es